

Iker Larrauri y los gliptodontes

Raúl de la Rosa*

Escribir un texto acerca de Iker no es asunto sencillo. ¿Por dónde empezar o, mejor dicho, sobre cual semblante hablar? ¿El del arquitecto? ¿El del museógrafo? ¿El del dibujante? ¿El del escultor? ¿O el del antropólogo? Quizá lo más sencillo sería hablar del hombre y su tránsito por las comarcas que le bordaron su hacer y quehacer. Para ayudarme en esta tarea, me he servido de la propia voz de Iker, al utilizar partes de las entrevistas que Ana María Galicia Z. y yo realizamos en 2015.

Iker Larrauri nació en la Ciudad de México el 18 de diciembre de 1929, en la colonia Santa María; luego lo llevaron a vivir a la calle de Arandas, en el Centro. A partir de aquí podríamos armar una cronología muy divertida y variada, como un viaje en locomotora —de las que ya no existen—, de estación en estación, contemplando paisajes, pueblos, gente y los múltiples senderos por los que ha transitado.

EL ESCENÓGRAFO ADOLESCENTE

Iker conoció por dentro la producción cinematográfica de la mano de su padrastro Marco Chilet, pintor y dibujante valenciano, quien sería una piedra fundamental en su vida y fue discípulo de Sorolla —de sus manos salieron las escenografías de más de 150 películas mexicanas entre 1945 y 1970. Un día Chilet, exiliado republicano de la Guerra Civil española, lo convenció de estudiar escenografía. Así lo relató Iker:

Tu porvenir está asegurado entrándole a estudiar escenografía de cine, y había una academia cinematográfica con maestros excelentes, muy buenos todos, y entré a la Academia Cinematográfica por influencia de él, porque era yo un escuincle. Aproveché que mi padrastro me ayudara y estudié la carrera de escenógrafo de cine.

La cosa es que aprendí muchas cosas, de iluminación sobre todo: los aforos, la escenografía y todo esto, pues todo eso lo fui asimilando.

EL JOVEN ARQUITECTO

Iba muy serio en la escuela de arquitectura, pero no soportaba a mis compañeros arquitectos y estudiantes; me buscaban mucho porque tengo mucha facilidad para dibujar.

—Oye, Iker, ¿aquí cómo le hago? Pásame la perspectiva.

—Bueno, pues ahí va.

—Mira, lo que quiero es tener un estudio, un taller así y asado.

Y todos sus sueños era hacer un edificio de tal y tal.

¡No puede ser! Es que no conocen México. No saben qué le pasa a este país, qué necesitamos. Dije: “No, yo le corto aquí ahorita a la arquitectura, me voy a estudiar antropología, a conocer el país, a conocer México, a conocer sus habitantes fuera de todos estos saloncitos en que uno se anda moviendo”.

A los 22 años Iker, entonces estudiante de arquitectura en San Carlos, pasaba todas las mañanas, en su camino a la escuela, frente al Museo Nacional de Antropología, en la calle de Moneda. Desde la puerta del viejo recinto, en aquel momento ubicado en el Centro Histórico, veía la *Piedra del Sol* y sentía la necesidad de entrar. Sin embargo, la premura se lo impedía, hasta que un día lo hizo y quedó con la boca abierta al poner sus pies en el Salón de Monolitos.

EL JOVEN ARQUEÓLOGO (Y UNA COINCIDENCIA SIMBÓLICA)

Entré a Arqueología, que era lo que podía manejar mejor. Entramos juntos Carlos Navarrete y yo, salí de San Carlos porque Arquitectura estaba allá y me vine hacia el museo, y llegamos juntos a la puerta de Moneda. Yo me paré para ver la puertota y él, que venía para allá, llega y me dice:

—¿Sabe usted dónde queda el Museo de Antropología? —como lo llamábamos entonces.

—Pues aquí estamos, enfrente.

—¡Ah, qué bien! Muchas gracias.

Se dio vuelta y se metió, y pues yo me metí con él. Le dije:

—Mire, allá es la sala.

—No, yo vengo a la Escuela de Antropología, a inscribirme.

—Ah, pues véngase y entramos juntos. Yo voy a lo mismo.

Era Carlos Navarrete, recién llegado de Guatemala para estudiar.

Comenzaban los años cincuenta, y en ese instante era impensable que una década después participara en la edificación de un nuevo museo para albergar aquella riqueza arqueológica.



Iker Larrauri tenía 34 años cuando pintó el mural de fauna pelistocénica que sigue siendo una de las obras más impactantes que hay en el Museo Nacional de Antropología **Fotografía**
© Nacho López, ca. 1965, Sinafo-ИИИИ, 379601

EL DIBUJANTE

Lo primero que nos sorprende de Iker al ver su obra es saber que no tuvo estudios formales en San Carlos ni en La Esmeralda, aunque ingresó al Taller de la Gráfica Popular.

Él comentó:

Mi padrastro, como te dije, fue escenógrafo, pero también era un buen pintor. Siempre me andaba arreando:

—¡Ponte a dibujar! ¡Ponte a dibujar!

Lo primero que me encargaron fue hacer un museíto en Tepexpan, y el museíto quedó muy mono, muy simpático, y gracias a haber estado haciendo cosas en la arquitectura. No haberme recibido es una cosa, pero estudié toda la carrera. Ya no me recibí porque me metí a Antropología. Entonces yo diseñé ese museo, y el museo tiene la escena de la cacería del mamut pintada por mí en un mural, la misma escena que sirvió de modelo para el museo.

LA CONSTRUCCIÓN DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

Un par de años antes de que se empezara hacer el museo empezamos a hacer la planeación. Pedro Ramírez Vázquez llegó y habló con la gente del instituto, con el arquitecto Marquina, con la gente que estaba al frente. Luis Aveyra, que era el director del antiguo museo, habló con ellos y les planteó el proyecto. Yo estaba trabajando muy activamente en el antiguo museo en Moneda, renovando salas. Colaborábamos con Miguel Covarrubias, en la museografía, Mario Vázquez, Teté Dávalos, su hermano Luis Covarrubias, y yo estaba en la reproducción de la tumba de Palenque que ves aquí.

LA SALA POBLAMIENTO DE AMÉRICA

Hasta hace unos años esta sala se llamaba “Orígenes y Prehistoria de México”. En ella se encuentra, sin duda, la obra más grandiosa de Iker Larrauri: un enorme mural que representa



Iker Larrauri realizó una pintura de gran formato con una escena ideada para mostrar el paso por el Estrecho de Bering. Ubicada en la entrada a la Sala Poblamiento de América del Museo Nacional de Antropología, ésta invita a los visitantes a entrar y explorarla **Fotografía** © Gloria Falcón Martínez, 2017

la fauna del Pleistoceno superior. Además se tenían los restos fósiles de grandes mamíferos que coexistieron con el hombre primitivo del valle de México.

“¿Qué hacemos con la Sala de la Prehistoria?”, se preguntaban los museógrafos. La Prehistoria son huesitos, son puntitas de flechas, sí, pero están los huesos fósiles, sí. Pero ¿qué le dice a la gente un montón de huesos fósiles? Bueno, ¡pues vamos hacer un diorama! Entonces empezó Pedro con la idea de hacer el diorama de la cacería del mamut, pero era un diorama pequeño, que no llena esta sala

Entonces fue cuando se me ocurrió la idea de pintar un mural que fuera del tamaño real de los animales; hueso por hueso estaban medidos. Entonces lo hacemos de tamaño real para que la gente pueda ver los huesos y, además, el mural que nos llene visualmente con los mamíferos que habitaban la cuenca del Valle de México.

Lo sorprendente es la sencillez con que Iker explica la elaboración del mural:

Sí, es un acrílico, y el lienzo es una superficie de madera forrada, y resultó muy bien. Tuve ayudantes que me empujaban la escalera [risas]. No, realmente no tuve ayudantes. En el trazo sí.

Cuando le preguntamos cómo se documentó para pintarlo, respondió:

Bueno, había asesores y ellos conocen perfectamente los huesos. Yo estaba constantemente preguntándoles: “¿Si tiene así los huesos, la trompa cómo puede ser?”. Y ya me explicaban que la nariz de la trompa no está aquí, sino que está aquí; pero es asesoría de plástica, más que nada; los fósiles como que te lo van diciendo.

Iker Larrauri tenía 34 años cuando pintó ese mural, y sin duda se trata de una de las obras más impactantes que existen en el museo, realizado por uno de los mejores dibujantes de México.

En esa misma sala Iker pintó un pequeño mural acerca de la migración hacia el continente americano proveniente de Asia, en el cual aparecen dos hombres caminando. Yo tenía curiosidad por saber de dónde había tomado a los modelos para pintarlos en el mural, una pregunta a la que él respondió:

¿Quieres que te los enseñe? Deben estar aquí afuerita, o son los policías, te los voy a enseñar, son ellos hombres de Bering; pero, sobre todo, si vas al campo o a los barrios está lleno de hombres de Tepexpan y mujeres de Tepexpan y niños de Tepexpan, y además yo creo que pensamos como los de Tepexpan.

EL MUSEÓGRAFO

¿Qué significó para ti trabajar en este gran proyecto?

¡Para mí fue la gloria! Fue como un sueño “de a de veras”; digo, como museógrafo, como podrás imaginarte, porque llevábamos tres años trabajando en el viejo museo de Moneda, renovándolo museográficamente, que era para lo que me llevaron: para hacer la cámara de Palenque, que había regresado de estar trabajando con Alberto Ruz allá, en Yucatán, y tenía todo aquí.

En 1943 Fernando Gamboa, Daniel Rubín de la Borbolla y Miguel Covarrubias crearían la carrera de museografía en la Escuela de Antropología de la Ciudad de México. Hay un pequeño grupo que era considerado como discípulos del Chamaco. ¿Quiénes eran?

Éramos un grupo, de entre los que recuerdo a Mario Vázquez, Teté Dávalos, Jorge Ángulo, Alfonso Soto Soria y yo.

También trabajaste en el Museo de la Lucha del Pueblo Mexicano por su Libertad, ¿cierto?

Sí, ahí trabajé más que aquí.

LA SALA MEXICA

Ramírez Vázquez un día nos dice:

—¡Vengan! ¿Qué hacemos con esta sala?

Estaban ocho pilares de este tamaño, todo vacío, ocho pilares y las paredes, pero la Sala Mexica desde luego tiene un peso plástico formidable.

Entonces, con Julio Prieto, nos pusimos a ver.

—Ahí los dejo. Cuando tengan algo, me avisan y vengo a ver qué han pensado.

Estuvimos piense y piense, y Julio Prieto se ocupó de la iluminación más que de la parte dura y del Mercado de Tlatelolco.

Yo me ocupé del diseño de la sala general; hasta en una catedral hay elementos que cortan el espacio, lo modulan, lo nivela, y dije: “Catedral, catedral”. ¡No le digas a nadie! Bueno, yo les digo ahorita, pero es una confesión. Realmente hay dos elementos ahí que son copia: uno que es catedral y otro que se entra a un nivel más arriba —esas cosas no se confiesan—. Bueno, ¡ya qué me importa! [risas].

Entonces Julio Prieto se entusiasmó. Le encantó la idea. Entonces el gran espacio lo cortamos en tres secciones, con esos muros de tezontle, preciosos muros de tezontle —¡tras, tras!—. Cada muro está entre dos de las columnas.

La *Piedra del Sol* es el altar —no quedaba de otra—, y la circulación, que no puedes ir al altar de inmediato, y así es como está: entras, te recibe el *Cuauhxicalli* del tigre, que es la pieza más completa que tiene todo el museo. No tiene un rasguño. No sé de donde la sacaron, dónde la tenían, pero como pieza arqueológica es maravillosa. Entonces esa pieza va a recibir a la gente, y al fondo tenemos la Piedra del Sol.



Detalle de la recreación de la Tumba de Palenque diseñada por Larrauri para el Museo Nacional de Antropología **Fotografía** © Gloria Falcón Martínez, 2017

EL ESCULTOR

Un elemento importante en el patio del museo es un gran espejo de agua: los cuatro elementos, y el viento es el caracol:

Por cierto, el *Caracol* es una escultura mía. Se lo propuse a Ramírez Vázquez:

—Te hago el caracol y, si te gusta, pues bien.

Hice el caracol, y por ahí anda rodando la maquetita. Se ha reproducido cantidad de veces. Le gustó mucho y me contrató.

EL ILUSTRADOR

Terminado el Museo Nacional de Antropología, Larrauri ilustró algunos libros con todas estas imágenes del México antiguo, titulado *La aventura de México*:

Me contrataron para ilustrar una serie de libros. Me quedé sin chamba porque no quise engancharme con el instituto porque todo mundo se estaba arrebatando las posibilidades de tener un contrato y todo eso. No sé, tengo ataques de inconformidad o

hago berrinches. No sé, siempre me ando hartando de ciertas cosas y las dejo.

EPÍLOGO

Hasta aquí la crónica de esos días extraordinarios que nos tocó vivir a los integrantes del pequeño ejército de más de 4 000 trabajadores, que logramos terminar la nueva sede del Museo Nacional de Antropología en un tiempo récord de 19 meses.

POSDATA

Esta crónica sobre Iker Larrauri estaría incompleta si no mencionamos a su compañera, presente en todo tiempo y en todo lugar. A su vez, él se dijo agradecido de “haber caído en esta esfera que llamamos mundo hace ya algunos años [88 para ser exactos] y al rodar en el vacío haber caído en México”, mientras que su segundo golpe de suerte, dijo, fue haber convencido a su mujer, Mayán Cervantes, de formar parte de su vida. ✦

* Investigador independiente.



Iker Larrauri, *Traslado de roca en balsa*, acrílico, 59 x 58.5 cm **Fotografía** © Gliserio Castañeda García